



REVISTA LITERARIA

(DICIEMBRE, 1889)

La poésie castillane contemporaine (Espagne et Amérique), por
Boris de Tannenberg (Paris, Librairie Académique Didier).

Los franceses hacen alarde de practicar un cosmopolitismo generoso, y en un sentido no les falta razón, pero sí en otros. Ese cosmopolitismo es evidente por lo que toca á considerar á Francia como el moderno *umbilicum terrae*, el centro de todas las miradas, el atractivo supremo de la civilización moderna. Ser admirados por todos los pueblos, imitados, seguidos y visitados por ciudadanos de todas las naciones, les agrada, los llena de orgullo, y para lograr tal efecto no perdona esfuerzo ni sacrificio. En punto á literatura, que es de lo que tratamos, hacer del espíritu francés un imán, es su mayor gloria; aunque parece que lo disimulan, porque no cuentan con el gusto ni con el juicio de esos pueblos lejanos, de los cuales saben que son atentos espectadores de la co-

media literaria de París. Hacen como que no piensan en el público, en el extranjero; ventilan sus cuestiones nacionales como si no hubiera más mundo, y las universales como si fueran nacionales también. Un escritor notable, Edmundo Goncourt, llega á decir en el prólogo de una novela, *Cherie*, que él no escribe para que le entiendan extranjeros, ni siquiera el francés del Canadá (todo lo contrario de algunos de nuestros *cucos* académicos, que no escriben más que para los americanos); un crítico moderno, joven, M. Hennequin, ya difunto, más obligado que el novelista á saber lo que pasa en otras partes, á pesar de escribir nada menos que un nuevo sistema de crítica, que llama científica, al reseñar el estado de la ciencia estética moderna y de la crítica literaria, apenas cuenta con más nombres que algunos franceses, desdeñando sin miedo todo lo demás que no conoce, y gracias si cita á Jorge Brandes, poco menos que con desprecio; este mismo crítico científico, que mete en cuadros de clasificaciones de *historia natural* el genio del orbe terráqueo, entero, en grupos de escritores, al llegar á España concluye con este pisto graciosísimo:

NOVELA PICARESCA.

Calderón.

Imitación de Francia.

Hartzenbusch.

Quevedo.

Imitación de Inglaterra.

Bretón de los Herreros, etc.;

y se acabó la literatura española: Guyau, otro crítico, muerto también, también joven, consagra un libro entero de sus *Problemas de la estética contemporánea* al estudio del verso... francés (1), como si el quicio de las leyes rítmicas se encerrara en los alejandrinos de Racine y de Víctor Hugo: el mismo Zola dictó leyes naturalistas al mundo entero, sin más experiencia apenas que la de la novela francesa del siglo presente; y, en fin, es general esa nota en los más insignes escritores franceses, este olvido de los demás, á los que ni siquiera conceden los honores de *pío y discreto lector* y de *ilustrado público*; si bien en las cuentas que echan con los editores y en las que echan con su vanidad, es claro que entra por mucho el comercio de exportación literaria.

A pesar de lo cual, no falta quien diga por allá que los franceses estudian y propagan las literaturas de todos los países que la tienen. No es verdad. Cierto que en Francia se traduce mucho, aunque en materia de pura literatura no tanto; pero el estudio serio y concienzudo y la traducción sabia, propiamente artística, de las obras de arte extranjeras, no están en proporción, ni con mucho, del

(1) Menéndez y Pelayo censura este exclusivismo de Guyau también; mas por mi parte debo añadir, en justicia, que mucho de lo que dice el malogrado filósofo de la relación del verso á la idea, es de valor general y está muy bien pensado.

trabajo intelectual allí consagrado á la producción nacional exclusivamente (1). Ya no hay un Chateaubriand que traduzca á Milton, y faltan y han faltado siempre, los Schlegel, dedicados á aclimatar con alientos de gran ingenio las obras maestras de países lejanos. En general, hoy el literato francés se distingue por saber pocos idiomas; por desconocer las literaturas modernas. Esto se descubre, entre otros síntomas, en lo poco que han influido en el espíritu de muchos de ellos algunos escritores insignes ingleses, alemanes, italianos, que de fijo serían mucho más citados si tuviesen una *historia* dentro del alma de los literatos franceses. Sirva de ejemplo lo poco que saben de Leopardi, el caso omiso que suelen hacer de Carducci, y la poca influencia de Macaulay y de Carlyle. Sólo una moda volandera, de superficial alcance, les llama la atención de vez en cuando hacia un punto ú otro de la rosa de los vientos. Rusia, por ejemplo, ha merecido ser el *tic* literario de París durante estos últimos años; mas, aparte de la intensa impresión que una literatura hermosa, profundamente honrada, llena de esperanzas de ideal en

(1) En materia de *adaptación* sigue Alemania siendo la nación más activa, como observa con razón G. Chiarini al examinar tres recientes estudios de autores alemanes, relativos á Mme. Staël, á Shakspeare y la cuestión baconiana, y á los poetas italianos de mediados del siglo XVIII.

medio de su tristeza, haya podido producir en algunas almas serias y reflexivas, generalmente de las menos vocingleras, el prurito rusófilo no ha sido más que un arranque del *neurosismo*, del boulevard, algo ficticio y que ya empieza á decaer. En los más, el amor á las letras rusas (á una parte de ellas) obedecía y obedece á causas ajenas á la estética; por ejemplo: el deseo de atraer al gran Imperio del Czar á una alianza contra Alemania; la complacencia maliciosa de oponer á los novelistas del naturalismo francés triunfante, otro naturalismo y otros grandes ingenios que eclipsaran á los de casa á ser posible (porque la envidia triunfa hasta de la vanidad patriótica francesa). Añádanse á estas causas la influencia singular de Turguenef, ruso afrancesado, y la crítica estético-moral, suave, clara, simpática y al alcance de todos, de Melchor de Vogüé, el gran propagandista en Francia de Gogol, Tolstoy, Dostoiewski y otros pocos rusos.

De Inglaterra, de sus escritores, también se habla algo en los libros de París de cierto género..., pero no sin protesta de otros escritores. El estar enamorado de los poetas ingleses es una *pose* de los críticos franceses elegantes, de distinción, de los favoritos de las *youthesses*, y no falta quien declare afectación de dandysmo estético el alabar tanto á Keats, por ejemplo; y hasta un novelista

de los mejores se burla de los críticos jóvenes que escriben largos comentarios de las poesías filosóficas de Shelley. Para un Guyau, que se complace en discutir con Spencer y con Grant-Allen problemas de estética; para un Hennequin, que sólo en un inglés, Mr. Posnett, ve un precursor de la crítica científica, hay docenas de críticos franceses que viven bien hallados con no salir nunca de casa en sus excursiones eruditas por los dominios de la estética.

De Alemania no se diga. Contra algunos jóvenes que pretenden estudiar *otra vez* seriamente la filosofía y las letras alemanas, protestan los *viejos* (algunos de treinta años), llamando á los otros la generación del miedo, del sitio, eunucos germanófilos, de ingenio esterilizado por el terror de la invasión que los vió nacer (1). Sea odio, desprecio, ignorancia, ó algo de todo ello, los más de los literatos franceses prescinden hoy por completo de la literatura alemana actual, que muchos de ellos, sin conocerla, califican de nula; y así, por ejemplo, á ningún editor de París se le ha ocurrido publicar una traducción de *Los Antepasados* (*Die Ahnen*), de Gustavo Freitag, ni al hablar del naturalismo y de escuelas que les sirven de anteceden-

(1) Palabras análogas coloca M. Rosny en su novela reciente *Le Termite*, en abios de algún personaje que es símbolo, y en algo retrato, de un escritor insigne.

tes, citan jamás los críticos de París á los novelistas y humoristas alemanes modernos, ni dan á entender que la *Joven Alemania* y las escuelas extremosas que la siguieron, representan algo parecido á las tendencias de realistas, *parnasistas*, simbolistas, decadentistas, deliquescentes y demás verdes, azules y colorados de nuestras literaturas latinas del día (1).

Y si de Alemania y de Inglaterra saben, ó aparentan saber tan poco, los literatos de París, ¿qué decir de su *cosmopolitismo* artístico con relación á las letras modernísimas de las potencias de segundo orden intelectual?

De Italia, que es hoy tan fecunda y que tan cerca la tienen, y cuyo idioma es tan fácil, y con la cual han mantenido tantas clases de relaciones, los franceses apenas quieren acordarse. Si algo suena por la crítica de la vecina república el nombre de Carducci, es muy poco, mucho menos de lo que merece, y jamás se habla de Rapisardi, ni de Gabriel D'Annunzio, que no es manco; ni siquiera el naturalismo apostólico se ha dignado hacer mención de los realistas italianos que algo valen, pues ni Capuana, ni Verga, ni Matilde Serao y otros

(1) V. Mielke. *Der deutsche Roman des XIX Jahrhunderts*. (La novela alemana del siglo XIX). Braunschweig, 1890.—Ed. de Morsier.—*Romanciers allemands contemporains*. París, 1890.—Lévy-Brühl.—*R. des Deux Mondes*, 1892, 15 de Marzo.

escritores y escritoras de esta tendencia, merecen desprecio ni olvido. (En una novelita de Capuana, de la colección *Homo*, está en germen aquel *poema de la propiedad urbana*, que se lee en *Au bonheur des dames*, de Zola) (1).

¿Qué sucederá respecto de otras literaturas más lejanas y oscuras? Como no sea en diccionarios y enciclopedias, ó en algún resumen de carácter dídactico, en cualquier biblioteca de *historias* de literaturas modernas, apenas se encuentran estudios que se refieran á los autores, v. gr., de la Grecia moderna; y en cuanto á la actividad poética de los pueblos europeos del Norte, tan digna de ser tomada en consideración, harto poco se sabe de ella en París, cuando escritor tan ilustrado y discreto como Eduardo Rod (uno de los jóvenes que trabajan en el estudio del arte extranjero: *Leopardi*, *Los pre-rafaelistas ingleses*; *Wagner*, *Los veristas italianos*; *Amicis*), llega á decir en su prefacio al *Teatro* de Enrique Ibsen, traducido, en parte, al

(1) No tengo noticia de que en Francia se haya publicado todavía estudio tan completo acerca de la poesía contemporánea italiana, como el dado á luz por un crítico croata, Jaksá Cedomil, en el *Vinac*, periódico literario de Zagabria. Este trabajo abarca desde Aleardi, Prati y Zenella, hasta los *decadentes*: Conforti, Serao, Paoletti. El mismo Cedomil anuncia otro estudio acerca de la novela moderna italiana, hablando de Verga, Capuana, Fogazzaro, etc. Su plan es análogo al de Tannenberg respecto de España.

francés del noruego por M. Prozor (1): «Por acá sabemos muy poco de las costumbres y de la sociedad de los países del Norte. A no ser los cuentos de Andersen y algunas novelitas de Bjœnsen, nada conocemos de su literatura. Los nombres de sus escritores pasados y presentes nos son casi desconocidos enteramente. De cuando en cuando algún crítico cita á Jorge Brandes (es verdad, como Hennequin, para llamarle imitador de Sainte-Beuve); pero los demás, los Sœren Kierkeegard, los Essaiás Tegner, etc., apenas los espíritus más cosmopolitas sospechan que existen.»

Por lo que toca á los españoles, á pesar de ciertas apariencias, no creo que salimos mejor librados de la ignorancia *querida*, como ellos dicen, voluntaria, de los franceses. No nos verán como una lejána *Tulé*, perdida entre la nieblas; pero aun con nuestro sol diáfano y todo, que á ellos les parece el sol de Africa, nos ven bastante borrosos, suponiendo que nos miren.

Lo que suelen saber los franceses, aun los de buena fe, de nuestra España, me recuerda aquel diplomático del *Mandarin* de Eça de Queiros, aquel ruso ó alemán que allá en China, ante un portugués, queriendo elogiar la patria de Camoens,

(1) Albert Savine, éditeur: Paris. Comprende: *Les Revenants* y *La maison de poupée* (en alemán, *Nora*. Gubernatis le da el nombre alemán en su *Historia*).

sólo se le ocurre exclamar: «¡Oh, Portugal, *das Land wo die Citronen blühen!*»; y como una señora le advierta que *Mignon* no se refiere á Portugal, sino á Italia, añade imperturbable: «¡Ah, bien, Italia, sí; de todos modos, Portugal..., es un hermoso país!» Los franceses nos confunden á nosotros con los moros y con los mismos italianos muy fácilmente; y, en todo caso, siempre están dispuestos á rectificar: «¡Oh, España, un hermoso país!»

Concretándome á la literatura, diré que aun la presente, con toda su pobreza, merece una atención mucho más seria y asidua que la que á ratos, sin gran intensidad en el atender nos conceden á veces los escritores de la vecina República. Por lo pronto, se puede asegurar que ningún gran escritor francés, ningún crítico de primera línea, sabe cosa de provecho de la España actual, y menos de su literatura. No hay que hacerse ilusiones. Son muy de agradecer y apadrinar los esfuerzos de tal cual escritor laborioso, inteligente, perspicaz, de buen gusto y sanísima intención, que en París da voces para que le oigan hablar de los poetas, novelistas, críticos, etc., de España; pero lo cierto es que ningún Taine, ningún Renan, ningún Sainte Beuve, ni siquiera un Brunetière, Lemaitre, Bourget, etc., etc., se han fijado en nosotros. Taine, al empezar su *Historia de la literatura inglesa*, dice que también merecía la española ser escrita...; pero él la deja,

porque esa historia es muy corta; empieza tarde y se acaba muy pronto, mucho antes de haber nacido nosotros; según Taine. Por eso, en esa *literatura comparada*, que ahora recomiendan los críticos (v. g., Posnett, inglés) (1), no cabe estudiar lo que el arte literario español moderno es en el pensamiento de los literatos franceses; ellos que han podido estudiar á los *extranjeros afrancesados* (Hennequin, en un libro que consagra á este asunto), no nos dan ocasión á nosotros para estudiar á los *franceses hispanizantes...*, porque, en rigor, no los hay. Hay, sí, algunos aficionados á nuestra literatura, aun la moderna; pero sin ofensa de nadie, se puede decir que en la lista de esos nombres respetables y algunos muy conocidos, no figura el de ninguna eminencia literaria, ni siquiera el de alguno de esos *cosmopolitas*, que empiezan á asomar en la juventud artística francesa, como Sarrazin, el citado Rod y otros pocos. Nada más difícil, ha dicho Rousseau, que la filosofía de lo que tenemos cerca; pues esta dificultad la encuentran, por lo vis-

(1) *Comparative literature by Hutcheson Macaulay Posnett*, London: Kegan Paul, Trench, et Co., 1886, M. Posnett pretende tomar un puesto en las fronteras de la literatura y de la ciencia. Los cinco libros de su obra se titulan así: I. *Introduction* (Trata del concepto de la literatura, de su relatividad, de su progreso y del método comparativo).—II. *Clan literature*.—III. *The city commonwealth*.—IV. *World literature*.—V. *National literature*.—El trabajo de Mr. Posnett merece examen.

to, sus compatriotas en materia de letras; nos tienen tan cerca, que no nos encuentran la filosofía. Y sin embargo, la tenemos. ¡Ya lo creo! Algo triste por lo presente, pero poética por los recuerdos, y acaso un poco por las esperanzas.

No sé si con esta franqueza me tendrán por ingrato los apreciables y muy discretos y muy instruidos escritores y escritoras franceses, y españoles domiciliados en Francia, que una y otra vez me han honrado hablando de mi humilde persona en los periódicos y revistas de París; y también ignoro si el castigo de esta supuesta ingratitud será prescindir de mí en adelante, al enumerar á los españoles que tenemos la gracia de escribir: sea como Dios quiera, y vaya todo por Dios; pero la verdad es la verdad, y aquí consiste en decir que hasta ahora no ha entrado en la conciencia del artista y del crítico francés la idea del espíritu español literario, según es en nuestros días. Tal vez en otros países, á pesar de ciertas apariencias, no tenemos mejor fortuna.

A pesar de lo dicho, siempre merecerán gratitud y consideración los esfuerzos laudables de los Lugol, Savine, L. García Ramón, Leo Quesnel (una señora, según tengo entendido), De Frezal, Aquarone, Latour, y algunos más que en artículos y hasta libros de crítica, en traducciones y de otras maneras, procuran llamar la atención del público

francés hacia nuestras letras contemporáneas; no por vía de erudición, no con la pretensión de hacer estudios clásicos, sino refiriéndose á la literatura del día, al movimiento artístico actual, en trabajos de *información*, en que no se aspira más que á dar resonancia á las letras castellanas.

Boris de Tannenberg es uno de los escritores extranjeros que más cariño tienen á nuestra literatura. Boris de Tannenberg es un francés... que es ruso. Nació en Rusia; su señor padre fué desterrado por el delito de tener en su biblioteca libros que parecieron sospechosos á la policía del Czar. Desde niño vivió Boris en Francia, en París, con su madre, muy pronto viuda.

Un día, comiendo en casa del ilustre director de *Le Temps*, nuestro Castelar, en su viaje anterior al que ahora termina con tanta gloria para España, se encontró con un joven, muy joven, que hablaba español con admirable corrección y pureza. Aquel muchacho le habló de algunos escritores españoles, amigos de Castelar, como de personas á quienes viera todos los días. Castelar le aconsejó que visitara nuestra tierra para acabar de conocerla. Pocos meses después, Boris de Tannenberg llegaba directamente de París á una ciudad del Norte de España, y llegaba conversando con sus compañeros de viaje, como si toda la vida se hubiera paseado por Castilla. Era la primera vez que entraba en la Pe-

nínsula. El castellano que sabía, que hablaba como cualquiera de nosotros, lo había estudiado él solo en París, sin más práctica de pronunciación que algunas conversaciones de tarde en tarde con algunos compatriotas de Zorrilla. Esta admirable facilidad con que Tannenberg aprendió nuestra lengua, la debió en gran parte á su aptitud asombrosa, acaso de raza, pero también quizá principalmente al gran anhelo de llegar á dominar el idioma de aquellos poetas que desde el principio le cautivaron. Si tal vez á algún libro humilde de crítica debió el despertar de su afición á los escritores castellanos del día, bien pronto sus estudios se elevaron muy por encima de tan estrecho espacio. El joven profesor de París visitó á Zorrilla en Valladolid; á Pereda en Santander; vivió en Madrid al lado de Castelar; conversó largamente con Cánovas; tuvo muchas conferencias con Galdós; recorrió un día y otro día los barrios bajos con Armando Palacio; vió dramas de Echegaray; asistió al Ateneo, á la Academia, al Congreso; lo vió, en fin, todo, lo leyó todo; consultó á todos, hasta á los más humildes; hasta en París, ya de vuelta, continuaba sus investigaciones, y era asiduo acompañante de Emilia Pardo Bazán, y almorzaba con Valera, siempre en busca de datos y noticias; por último, como su proyecto era tratar también de la literatura hispano americana, recurría con incansa-

ble asiduidad á las bibliotecas y archivos de los representantes diplomáticos de las repúblicas de la América del Sur, y á todas horas y en todas partes su gran preocupación eran sus estudios acerca de España, á los cuales se preparaba con interesantes conferencias públicas, muy bien recibidas en París, y con artículos en varias revistas y periódicos, como *La Revista del Mundo latino*, la *Revista poética*, de varios jóvenes literatos de la nueva generación, *Le Temps*, etc., etc.

Después de pasar más de dos años en tales preparativos (1), Tannenberg, seguro de sus conocimientos, se decide á dar principio á la publicación de su obra; y comienza con un volumen de 330 páginas, dedicado á los poetas, que llama castellanos, de España y América.

A estas horas D. Juan Valera ya ha tomado nota del libro de Tannenberg en el popular *Imparcial*, y aunque no he tenido ocasión de leer el primero de los dos artículos que consagra al asunto, he podido ver el segundo, que corresponde á la segunda parte de la obra del crítico francés, aquella en que se estudia la poesía americana española en algunos de sus más ilustres representantes, no en todos.

(1) En Gijón recogió datos para un estudio de *Jovellanos*, que formará un libro aparte.

Se podrá estar ó no conforme con Boris de Tannenbergh respecto del juicio que éste ha formado de nuestros ilustres *vates*: Quintana, duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Becquer y Núñez de Arce; se podrá convenir en que son esos los principales, ó echar de menos alguno, como Valera echa de menos á la Avellaneda, tratándose de los americanos, y con razón, y yo á Ruiz Aguilera entre los contemporáneos, de la Península; se podrá también encontrar graves inconvenientes á la división por géneros que el Sr. Tannenbergh ha escogido; pero, de todas suertes, se puede asegurar que se tiene á la vista uno de los libros más fundados en documentos serios, más aproximados á la verdad, entre los que han consagrado escritores franceses á la literatura española moderna y contemporánea. Por lo común, los sabios de por allá, y los simples eruditos, y aun los eruditos simples, suelen preferir el examen de las letras españolas de más lejanos días, no ya porque valgan más que las presentes, que, en general, así es, sino porque les parece más grave tarea y más propia para adquirir fama de grandes historiadores y críticos, y el camino ofrece menos dificultades; porque, al fin, lo pasado, tan pasado es para nosotros como para ellos; los libros viejos iguales para todos; las probables equivocaciones, respecto á los tiempos de antaño, tan probables en nosotros como en

ellos; mientras que de los sucesos, libros y autores del día, es claro que sabemos más los de casa, y estamos en ventajosa situación para poder descubrir cualquier dislate.

Tannenbergh, aunque también instruido en la literatura española de otros siglos, prefiere tratar de la contemporánea, lo cual es, por una parte modestia, y por otra justificado valor. Como el agradecimiento que desde luego merece un escritor extranjero, que tanto y tan asiduo trabajo consagra á estudiar nuestras letras, no ha de pagarse en moneda de adulaciones, yo declaro en pocas palabras que el Sr. Tannenbergh no es aquel gran crítico por quien líneas atrás suspiraba yo; el crítico extranjero de primera talla que sería bien que nos estudiase de veras, no; el Sr. Tannenbergh no está á esa altura, como no lo está el mismísimo Ticknor, ni el simpático pero no profundo Schack; es más: el Sr. Tannenbergh no es un artista ni lo pretende; es hombre de mucho estudio (en lo que cabe á su edad, pues es muy joven), pero la predilección con que ama las letras españolas se extiende á muchas más cosas de nuestro país; y lo mismo que hoy habla de los poetas y mañana hablará de los novelistas, otro día puede referirse á la instrucción pública, ó á los oradores políticos, ó á los historiadores, ó á cualquier otra esfera de actividad más ó menos intelectual, pero no directamente

estética. A pesar de lo dicho, tiene, además de sus muchos y serios datos, un juicio sereno, por lo común acertado, á mi parecer, y está muy lejos de comulgar con ruedas de molino, como Gubernatis y tantos otros que han admitido toda clase de noticias y *sugestiones críticas*, enviadas ya con toda malicia desde España por los interesados. No, no se verán en el libro de Tannenberg esas listas de poetas que llenan páginas enteras en otras obras de la misma índole, por ejemp'o, en algunas americanas recientes. No es este autor, que por sí mismo ha buscado sus documentos, de los que embarcan de todo, y por tal de ostentar copia de datos, no distinguen de malo y de bueno, y cargan con todo, como algunos *folk-loristas*. Al decir esto, me refiero no más á España; de lo que afirma de los vates americanos el Sr. Tannenberg, yo no respondo; y, á decir todo lo que siento, hubiera preferido que, por ahora, hubiese prescindido de lo trasatlántico, por aquello de *pluribus intentus*; y porque no cabe duda que, en rigor, esa segunda parte del libro no es segunda con relación á la primera, sino libro diferente. Esto, sin contar con que, respecto de algunos de los poetas americanos que el Sr. Tannenberg tanto alaba, habría mucho que decir; y de las comparaciones que entre alguno de ellos y otros franceses hace, más vale no decir nada. En este punto y en este sitio, muchas

razones de prudencia me aconsejan no expresar mi opinión con toda claridad; pero me permitiré indicar á mi querido amigo Boris, que ese Sr. Bares, poeta americano que á él tanto le gusta, hacía muy medianos versos, como lo son aquellos que él copia, y dicen:

«Si me dicen que el sol, que por el cielo
 Describir un gran círculo se mira,
 Camina en torno de él con raudo vuelo,
 Como sé que la tierra es la que gira
 Sobre sus mismos polos, sin recelo
 Digo que lo que dicen es mentira,
 Aunque la vista así lo represente.
 ¿Por qué? Porque el discurso lo desmiente.
 Si sumerjo en un líquido una caña,
 Y la veo quebrada desde afuera,
 Entonces digo que la vista engaña,
 Porque sé que la caña estaba entera.
 Si encuentro al regresar de la campaña
 Á mi mujer con un galán cualquiera
 En alguna no lícita entrevista,
 Digo también que me engañó la vista.»

Eso y todo lo demás que Tannenberg sigue copiando, es tan malo, que apenas puede ser peor.

Ya que somos justos y saludablemente severos en la Péninsula, hay que serlo también en Ultramar. Y en cuanto á mí, que sin empacho digo á *mis* poetas españoles lo que me parece de ellos, no creo que haya motivo para exigirme que cambie el diapason crítico cuando se trata de los americanos; una cosa es la fraternidad de España y de

América, y otra el medir por diferente Grilo los versos de acá y los versos de allá. Pero, ¿qué mucho que el Sr. Tannenberg, que al fin cuando rompió á hablar no habló en español, muestre esa benevolencia con los americanos, si el Sr. Valera, nuestro gran crítico le da ejemplo, y además, quince y raya (1)? Lo mismo que de Batres digo de Gutiérrez y González en cierto modo, especialmente de los versos relativos al maíz. ¡Oh! ¡oh, señor Tannenberg, muy querido! Mucho cuidado, ó vamos á tener que reñir. A ver si cuando se trate de la novela no encuentra usted tantos Manzoni en las valerosas é inteligentes repúblicas americanas.

Volviendo á Europa, para terminar, diré que, entre otras muchas ventajas que se encuentran en este vulgarizador de nuestra literatura en Francia, en comparación de otros que le han precedido, la principal, acaso, es la facilidad y corrección con que las más de las veces el Sr. Tannenberg traduce en francés nuestros versos. Mi opinión, en general, es que pocas empresas hay tan arriesgadas y espinosas como traducir bien, especialmente los

(1) En un periódico de Bogotá, el Sr. Gómez Reshipo, secretario del Sr. Holguin, presidente de la República, examina *Las cartas americanas* del insigne maestro, y después de abarlas como merecen, advierte que, por lo que toca al *Parnaso Colombiano*, el Sr. Valera se muestra sobrado benévolo. Es lo mismo que le decimos por acá. Pero él usa, para explicar esta blandura, unos argumentos que, por lo menos, tienen muchísima gracia.

buenos versos: muchas veces me he visto en el compromiso de juzgar traducciones en castellano de Goethe, Heine, etc., y como se trataba de esfuerzos muy dignos de aprecio y muy alabados, prefería callar á decir francamente mi parecer, que era, en rigor, este: ni aquello era Goethe, ni aquello era Heine. Pues bien: la dificultad de la traducción sube de punto tratándose de la mayor parte de nuestros poetas, que, por lo común, tienen más importancia por el modo de decir que por lo que tienen que decir. Sea por esto, ó por esto y además por la singular manera de nuestra poesía, y su encanto rítmico muy diferente, y, en general, superior al del verso francés, ello es que casi hacen reír las *muestras* que de nuestros poetas modernos se suelen ver por esas revistas de ambos mundos. Los más entonados y populares, los cultivadores épicos ó líricos de los lugares comunes de la poesía, la religión, el progreso, la libertad, etc., etc., son los que más pierden, los que casi lo pierden todo, convertidos en renglones de prosa francesa, más ó menos fría y más ó menos adornada de figuras. Quintana, en francés, parece otro; Núñez de Arce no es ni su sombra. Boris de Tannenberg, sin embargo, hace milagros al traducir á estos poetas: lo cual no quiere decir que no se luzca mucho más en la interpretación, ya en verso, ya en prosa, de algunas de las doloras de Campoamor, y,

sobre todo, traduciendo las rimas de Becquer, en prosa siempre, con tal arte, tal inspiración iba á decir, que pocas veces he visto que un poeta se desfigurase menos, trasladado á otro idioma. El señor Tannenberg, en este punto, merece plácemes sinceros sin ningún género de reserva. Tal vez reconociendo esta singular aptitud suya, y por ser el principal objeto que se propone en su libro propagar las letras castellanas, tuvo el buen acuerdo de copiar y traducir muchos trozos de nuestra poesía, de modo que su obra viene á ser, como en parte lo es la *Historia de la literatura inglesa* de Taine, una reducida *Antología*, que puede prestar utilidad á los extranjeros que de veras quieren iniciarse en el estudio de nuestra poesía.

Aparte de que esta revista se va haciendo eterna, y no podría yo entrar á juzgar el juicio que á Tannenberg merecen nuestros escritores, sin escribir mucho, muchísimo, no veo gran interés en comparar mis particulares opiniones con la de mi colega y amigo de París. En muchos pareceres coincidimos; en otros estamos muy distantes (aunque no tanto como en punto á poesía francesa); pero estas coincidencias y diferencias, ¿qué importan? No hay que olvidar, sobre todo, que libros como el del ilustrado hispanófilo ruso-francés, no están escritos para los españoles principalmente, sino para los extranjeros, y que en ello, lo más im-

portante no es la opinión del autor respecto del mérito de los poetas, sino lo que de éstos da á conocer: pintarlos bien, no juzgar su belleza, es su *misión* más interesante.

Por lo demás, y por decir algo aún de esto, añadiré que el entusiasmo que á todos los españoles atribuye Tannenberg tratándose de los versos de Quintana, no es tan unánime como él dice; y si, por ejemplo, Valera los admira tanto, Campoamor los admira mucho menos. Es claro que mi opinión no importa un bledo; pero, aun sin importar es tal, que ya me guardaré yo de decirla. Si en semejante compromiso me viera, volvería á leer al ilustre y muy simpático poeta de nuestra libertad, por décima vez, por ver si se me quitaba el dejo de la última lectura, que fué, por desgracia, á continuación de haber llorado, así como suena, saboreando con el alma la poesía de Fray Luis de León. No se debe leer ni juzgar á Quintana después de ciertas lecturas. Pero, al fin, todos estos grandes poetas nuestros saben elevarse muchos metros sobre el nivel del mar; todos ellos suelen subir al cielo; sólo que unos en calidad de aves, y otros en calidad de globos. No olvidaré advertir que el Sr. Tannenberg, dando al poeta de nuestra Independencia y de nuestra Libertad lo mucho que merece en el capítulo de las alabanzas, no deja de señalar sus defectos, que no son.

pocos, y sobre todo de un funestísimo ejemplo.

En el capítulo dedicado á Campoamor es acaso donde nuestro crítico francés ha penetrado más en el fondo estético y psicológico de su asunto; y á más de esto, le alabo el haber sabido reparar la injusticia que muchos cometen relegando el *Drama universal* á la categoría de obra secundaria, siendo así que, á pedazos, es de lo mejor, y más sincera y propiamente *lírico* que ha escrito D. Ramón. Tannenberg dice, al hablar del teatro de Campoamor, que «*il s'est essayé au Théâtre, mais sans succès*». Por si acaso, cuando en su tercer volumen hable de la dramática, no olvide el crítico que *Cuerdos y locos* tuvo muy buen éxito; y, lo que importa mucho más, que si las obras dramáticas del insigne lírico no son buenas para representadas, tienen bastante que saborear leídas.

Y para concluir definitivamente, cuando hable de Ayala como poeta dramático, no deje de recordar lo que ha olvidado ahora; que las poesías líricas del autor de *Consuelo*, aunque pocas, suelen valer mucho. Repare este olvido, ya que difícilmente tendrá ocasión de enderezar el entuerto cometido con Aguilera al preterirlo.

Y esto como posdata: el inconveniente de la división de la materia por *géneros*, está, entre otras cosas, en tener que presentar por primera vez á Valera... como *poeta menor*, siendo así que, en de-

finitiva, Valera, el autor de *Pepita Jiménez* y de algunos capítulos del *Doctor Faustino*, y de Asclepigenia, ó no es poeta, ó es tan *mayor* como el más pintado. Y en cuanto á Menéndez y Pelayo, que también ha escrito muy elocuentes y sentidos versos, lo primero que se ha de decir de él á un público extranjero, no es que se le debe apreciar como poeta erudito y elegante, sino que es el sucesor del Escorial en punto á maravillas españolas.

Ahora, Dios ponga tiento en las manos de Boris de Tannenberg, al escoger novelistas, como lo puso, en resumidas cuentas, al escoger poetas. La fórmula de mi opinión respecto de su *Poesía castellana* es una cumplida enhorabuena.